

¿Un hombre es un hombre? (*)

A man is a man?

Rafael Manrique.

Psiquiatra. Santander.

Resumen: Definir la masculinidad. Necesaria e imposible tarea. Solemos saber que un hombre es un hombre y que una mujer es una mujer, pero no en qué consiste esa diferencia. Todo lo cultural también ha de tener base biológica para que exista. En la personalidad no podemos encontrar diferencias asociadas al sexo. Las que se ven son, obviamente, culturales.

Hemos de manejarnos con dos sexos y bastantes géneros. Sexo masculino o femenino no significa identidad masculina o femenina necesariamente. Tenemos identidad sexual, identidad de género, inclinación sexual (elección de objeto de deseo) y roles masculinos o femeninos.

Tal vez podamos decir que un hombre es el producto de ser/estar en un cuerpo masculino, un modo de género culturalmente estable y el producto de la interacción con otros que se definen como hombres.

Palabras clave: masculinidad, diferencias género, sexualidad.

Summary: To define masculinity, a necessary and impossible task. We used to know that a man is a man and a woman is a woman but not what it means that difference. Everything that is cultural has to have a biological root to exist. We can't find the difference associated with gender only by the personality, what you see, are obviously, the cultural differences.

We have to manage two genders but many identities. Male and female gender doesn't necessary mean male and female identity. We have sexual identity, gender identity, sexual orientation (choice of object of desire) and masculine and feminine roles.

We could say that a man is the product of being in a masculine body, a cultural stable gender and the product of the interaction with others that are defined as men.

Keywords: masculinity, gender, sexuality.

Ante un cerebro sobre una mesa, un neurocientífico podría decir si pertenece a un hombre o a una mujer. Si viera a un hombre o a una mujer no podría deducir qué tipo de cerebro tendrá. ¿Qué quiere decir esto? Que aunque existen diferen-

cias anatómicas y funcionales entre ellos, en su conducta y práctica diaria no podemos observar diferencia esencial alguna. En otras palabras, solemos saber que un hombre es un hombre y que una mujer es una mujer, pero no en qué consiste

(*) Presentación del ciclo de cine titulado *Un hombre, ¿es un hombre?*, organizado por la Filmoteca de la Universidad de Cantabria en marzo de 2018.

esa diferencia. Y todas las que se han definido como tales: carácter, talento, personalidad... son falsas, productos ideológicos formados por deseos, prejuicios, experiencias parciales. O diferencias banales. La ideología de la izquierda ha restado importancia a las diferencias biológicas. La de la derecha ve diferencias claras e insalvables. Ambas son posiciones absolutas. No es posible que todas las diferencias sean irrelevantes. Ha de haber una dimensión tanto psicológica, cultural como biológica en lo masculino y en lo femenino. Lo biológico nos dice que hay genes, hormonas, epigenes y corporalidad que son distintos. Pero no hay una línea directa entre estos fenómenos, la experiencia y la conducta. Tal vez haya que sostener finalmente que la naturaleza marca, pero no de forma muy sustantiva y no explica la brecha entre hombres y mujeres que correlaciona más con las prácticas de crianza y la estructura social. Todo lo cultural también ha de tener base biológica para que exista. Somos, decía Clifford Geertz, un animal inserto en tramas de significación que hemos tejido. Los cuerpos absorben los significados y por eso somos diferentes y no lo somos. Sostener que el cuerpo, lo biológico, no tiene nada que ver con el género es puro espiritualismo. Imposible angelismo.

La experiencia y expresión de lo masculino y lo femenino es diferente en cada cultura. En todas es algo importante. Cuando unos nativos de una remota isla del Pacífico vieron un aeroplano la primera pregunta que hicieron fue: ¿es macho o hembra? (la segunda: ¿qué come?). En todas las culturas hay alguna base común: uno se sabe hombre o mujer aunque no sepa definirlo y no coincida con el cuerpo ni con el sexo que se tenga.

La especificidad de género en las culturas occidentales cada día se disuelve más, aunque tendemos, como especie, a que nos gusten aquellos de genitalidad fenotípica diferente. Las diferencias son la base del deseo. Tal vez sea válido afirmar que lo más diferente a un hombre sea una mujer, pero si es así ¿en qué consiste?, ¿qué es lo que nos atrae? En todo caso algún deseo por el otro sexo ha de estar inscrito en los genes, o nos hubiéramos extinguido. Pero no es absoluto, como muestra la elección de objeto homosexual.

No podemos precisar bien a qué obedece el deseo que desde los clásicos griegos a Gilles Deleu-

ze, pasando por Baruch Spinoza, han definido la esencia de lo humano. Sí hay dos bases que parecen claras. Una es la belleza y el placer que provoca; otra, la manera de estar en el mundo: lo valiente, delicado, divertido e inteligente atrae. Tanto en hombres como en mujeres. Lo hermafrodita crea aburrimiento y soberbia. Así éramos al principio según la mitología platónica y fue horroroso. Montesquieu decía que la ausencia de igualdad y la completa igualdad matan la República, y añadamos: y también el deseo. Es preferible la ansiedad de saber que nos gusta algo que no somos, que no sabemos qué es y que, por ello, hemos de buscarlo toda la vida. Seremos como Psique, siempre buscando a su perdido Eros. Tal vez eso sea una mujer para un hombre y un hombre para una mujer: lo que nunca se llega a encontrar.

Si definimos la personalidad por las actitudes, la corporalidad, el erotismo y la inteligencia no podemos encontrar diferencias asociadas al sexo. Las que se ven son, obviamente, culturales. Hay menos mujeres premio Nobel porque han llegado a los estudios más tarde que los hombres y por los sesgos contra ellas. Tengamos en mente a María Salomea Sklodowska que hubo de recibir dos premios Nobel para reafirmar que el talento lo tenía ella, no tanto su esposo, Pierre Curie. Recordemos el poema *Si... (If...)*, de Rudyard Kipling. Si se dan las condiciones que el poeta señala, entonces "Tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella, y —lo que es más—: iserás un Hombre, hijo mío!". Leámosla en clave femenina. Ningún cambio. Es igual de válida.

Tampoco la belleza parece ser una clave completa para la elección de objeto: uno puede admirar un objeto bello pero amar a uno no tan bello aunque sí valioso. "Me gusta todo de ti -decía Serrat en una canción- pero tú no."

¿Cómo sabe usted, señor, que es un hombre?, ¿Cómo sabe usted, señora, que la persona sentada a su lado es un hombre? ¿Y cómo si es una mujer? Verá que la respuesta no es fácil, ni precisa. Tal vez sea porque esa otra persona ocupa sutilmente otros modos de ser, o tal vez sea hombre al recibir el deseo de una mujer, o tal vez se pueda decir que una mujer es lo que un hombre no es.

La realidad impone que hemos de manejarnos con dos sexos y bastantes géneros. Sexo masculino o

femenino no significa identidad masculina o femenina necesariamente. Tenemos identidad sexual, identidad de género, inclinación sexual (elección de objeto de deseo) y roles masculinos o femeninos. Una complicada dinámica que exige ser iguales y diferentes según en qué temas o circunstancias. En las leyes, sin duda, iguales; en la cama no hace tanta falta. Cuando la diferencia entre hombres y mujeres se va diluyendo, como ocurre imparablemente en nuestras sociedades, la reacción defensiva es desarrollar, a través de la política, la moda, la ciencia, los medios de comunicación, las costumbres y la publicidad, estrategias biopsicosociales que las acentúen. Para que todo el mundo sepa a qué atenerse, ya que la realidad ha empezado a dejar de ser útil. No se ven diferencias esenciales.

Si tratamos de precisar un poco más podemos decir que un hombre es el producto de ser/estar en un cuerpo masculino, que es un modo de género culturalmente estable y que es el producto de la interacción con otros que se definen como hombres. Una corporalidad narrativa. Jacques Lacan decía que la diferencia entre ambos se apoyaba en el gozo. En el hombre, fálico, en la mujer relacional. Y no son fáciles de articular. Luce Irigaray afirmaba que la fascinación por lo sexualmente diferente hace que ambos puedan encontrar un espacio de relación y atracción diferente e igualitaria. La primera atrae, la segunda acoge. Pero no las jerarquías. Si alguien es jerárquicamente superior, sea masculino o femenino, acabará siendo masculino, al margen del género y el sexo. Como puede intuirse aquí nace la cuestión del poder que exigirá una reflexión posterior.

Una mala solución al problema de la desigualdad y el machismo es dictaminar que lo femenino es esto o aquello y pretender que los hombres adopten esos valores: por ejemplo, buscar la parte femenina de los hombres. Absurdo. Si no se sabe qué es un hombre tampoco lo que es una mujer. A no ser que se crea que cualquiera de ellos son algo objetivable y esencial. Sí parece cierto que la disminución de las diferencias de género ha hecho que los hombres hayan perdido poder y privilegios. Muchos pueden sentirse por ello impotentes y amenazados. Y por tanto aumentar la posición machista tradicional: un ser brutal, zafio e ignorante. De nuevo Jacques Lacan decía que el pene ofusca el entendimiento haciendo a los

hombres mucho más sensibles al valor narcisista del prestigio. Con ello se sitúan en formas de entendimiento y conducta que van de lo ridículo a lo inaceptable, pasando por lo peligroso. Muchas mujeres lo han dicho con menos carga teórica pero con mayor contundencia: el hombre piensa con la polla. Esta vanidad narcisista les hace muy vulnerables a cualquier fallo, a cualquier fracaso y a cualquier frustración que puede llegar desde muchas circunstancias y en cualquiera de las áreas de personalidad. Ante esos acontecimientos pueden ser proclives a una respuesta intensa, airada, exagerada y violenta. Es como si esas experiencias les llevaran a la reactivación de una experiencia angustiante de castración, por decirlo en términos psicoanalíticos clásicos. ¿Soy un hombre o una mujer? Esta pregunta está en la base de la neurosis obsesiva. Y no poder responder de forma unívoca altera a muchos hombres que desconfían de poder ser el deseo de una mujer. Es una insatisfacción que en una u otra medida acompaña siempre a la masculinidad.

Es posible que lo masculino, lo “testosterónico”, suponga una cierta tendencia biológica a la agresividad. Pero no a la violencia. La agresividad es el modo de vivir en la naturaleza. O comes o eres comido. Y comer es destruir. Sin embargo, la violencia solo es humana. No es natural, tiene un significado que siempre remite, como decía Gandhi, a un estado de carencia y debilidad, a una fisura en las propias creencias y al desprecio de sí. Altera y corrompe la totalidad de lo humano. La violencia siempre supone una brutal negación de la existencia de un otro independiente. La educación, la crianza, la abundancia no son antídotos contra la agresividad, aunque sí puedan ayudar en su control. John Bowlby y Boris Cyrulnik, describen dos evoluciones básicas en nuestro desarrollo emocional. Por un lado, están aquellos cuya crianza transcurre desde la calma consoladora hasta llegar, de adultos, a la experiencia y a la expresión de ternura. Y por otro, aquellos que desarrollan una aprensión tensa que podrá acabar, en la edad adulta, en conductas violentas. Estos desarrollos tienen lugar en el seno de las relaciones familiares, especialmente en las relaciones materno-filiales más tempranas. El desarrollo emocional que nos conduce a la ternura o a la violencia se da, no como resultado de experiencias puntuales, sino de experiencias

repetidas en la familia: la gama de sentimientos prescritos y proscritos, las técnicas de control de conducta entre los miembros de la familia, el estilo y el contenido de la comunicación, los modelos que se practican, la estructura, organización y jerarquía del sistema familiar.

Llegados a este punto es importante señalar que para todo ser humano, pero especialmente para el varón, la violencia siempre es una posibilidad dado que elaborar pérdidas, rechazos, frustraciones no es fácil. La neutralización de esta tendencia se activa a través de la aceptación, la tolerancia, el perdón y el olvido. Pero no hay un método claro, determinado y sencillo. Los fracasos pueden alterar la identidad personal, esa que nos hace creer que somos quienes somos.

Más pronto que tarde el hombre habrá de renunciar a que su anatomía le dé identidad masculina per se. Y habrá de elegir un modo de ser y estar en el mudo definido por una elegancia lejos del dandismo, la blandura y la afectación. Solo así puede conseguir el máximo placer: ser el deseo del otro. Jacques Lacan decía que un hombre es un estrago para la mujer y la mujer un síntoma para el hombre. Malas cosas ambas. Incluso peor si se igualan: ambos estragos, ambos síntomas.

El amor, en su forma más básica y general, es dicho en términos de Humberto Maturana, aquella posición que comprende al otro como un ser legítimo de pleno derecho tan solo porque existe. Sin más condición. De ahí que la elección de pareja siempre ha de caer en una persona, un hombre es en este tema el caso complicado, que siendo consciente de su fuerza física, de su posibilidad de ser agresivo, las neutraliza por amor al otro. Esta actitud, que solemos denominar ternura, nos permite simbolizar la aceptación del otro y su proyecto como ser humano, debe estar presente en toda relación amorosa. Supone un in-

tercambio de identidades, de diferencias (no de complementariedades que suele acabar en algún sistema de sumisión). La ternura es la acción que transmite el significado de que alguien, pudiendo ser destructor, agresivo o duro, es capaz de transformar esa posibilidad en símbolos de amor.

Ser, decíamos, es deseo de amar y ser amado. A su vez, amar, venía a decir Lacan, es dar lo que no se tiene: es reconocer la propia falta y darla al otro, ubicarla en el otro. Incluso más, es darlo a quien no lo ha pedido, (con lo que el amor se comprende desde su mismo origen como un conflicto). No es dar lo que se posee, es dar algo que no se posee, que va más allá de uno mismo. Para eso, hay que asumir la propia falta, la “castración”, como decía Freud. Y esto, es metafóricamente femenino. Amar feminiza. Tal vez por eso el hombre se resiente en su orgullo y desarrolla una cierta agresividad contra el objeto de su amor, porque este amor lo pone en una posición de incompletitud, de dependencia. Por ello puede desear a mujeres que no ama, para reencontrar una posición no vulnerable. Y también por eso la mujer puede desear un hombre que la trate mal pero al que no vea como débil y castrado.

Un hombre positivo, activo, igualitario, comprometido, responsable, participativo, valiente y divertido puede crear un pacto de relación más pacífico, más justo, más bello, más gozoso para todos. Una vulnerabilidad compartida de quienes se saben frágiles. Eso creará procesos de vida que generen, con el tiempo, incluso nuevas estructuras neurobiológicas.

Hoy por hoy ante la pregunta ¿qué es un hombre? Este que escribe responde: no tengo ni cultural idea. La masculinidad y el machismo acabarán por desaparecer pero no así la diferencia entre lo masculino y lo femenino, no creo, espero que no.

Contacto

Rafael Manrique • rmanriquesolana@gmail.com
C/Gómez Oreña 15-2º • 39003 Santander • España

- Recibido: 19/3/2018.
- Aceptado: 21/5/2018.